**De dónde eres tú (continuación…)** ****

La genealogía de **Mateo** es una lista de hombres, en la cual, sin embargo, antes de llegar a María, con quien termina la genealogía, se menciona a cuatro mujeres: Tamar, Rahab, Rut y «la mujer de Urías». ¿Por qué aparecen estas mujeres en la genealogía? ¿Con qué criterio se las ha elegido?

Se ha dicho que estas cuatro mujeres habrían sido pecadoras. Así, su mención implicaría una indicación de que Jesús habría tomado sobre sí los pecados y, con ellos, el pecado del mundo, y que su misión habría sido la justificación de los pecadores. Pero esto no puede haber sido el aspecto decisivo en su elección, sobre todo porque no se puede aplicar a las cuatro mujeres. Es más importante el que ninguna de las cuatro fuera judía. Por tanto, el mundo de los gentiles entra a través de ellas **en la genealogía de Jesús, se manifiesta su misión a los judíos y a los paganos.**

Pero, sobre todo, la genealogía concluye con una mujer, María, que es realmente un nuevo comienzo y relativiza la genealogía entera. Por lo que se refiere a Jesús, ya no se habla de generación, sino que se dice: *«Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*» (Mt 1, 16). En el relato sucesivo al nacimiento de Jesús, Mateo nos dice que José no era el padre de Jesús, y que pensó en repudiar a María en secreto a causa de un presunto adulterio. Y, entonces, se le dijo: *«La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo»* (Mt 1, 20). María es un nuevo comienzo. Su hijo no proviene de ningún hombre, sino que es una nueva creación, fue concebido por obra del Espíritu Santo.

No obstante, la genealogía sigue siendo importante: José es el padre legal de Jesús. Por él pertenece según la Ley, *«legalmente»*, a la estirpe de David. Y, sin embargo, proviene de otra parte, de *«allá arriba»*, de Dios mismo. El misterio del *«de dónde»*, del doble origen, se nos presenta de manera muy concreta: su origen se puede constatar y, sin embargo, es un misterio. Sólo Dios es su *«Padre»* en sentido propio. Al final es en María, la humilde virgen de Nazaret, donde se produce un nuevo inicio, comienza un nuevo modo de ser persona.

En la genealogía que presenta el Evangelio de Lucas (3, 23-38), llaman la atención varias diferencias respecto a la sucesión de los antepasados en san Mateo.

En Lucas, la genealogía se introduce en la vida pública de Jesús y, por decirlo así, lo autentifica en su misión pública, mientras que en Mateo se presenta la genealogía como el verdadero comienzo del Evangelio, para pasar después al relato de la concepción y del nacimiento de Jesús, y al desarrollo de la cuestión del *«de dónde»* en su doble sentido.

Mateo y Lucas concuerdan solamente en pocos nombres, no comparten ni siquiera el nombre del padre de José. Para los dos evangelistas no cuentan tanto los nombres de cada uno como la estructura simbólica en la cual aparece la posición de Jesús en la historia: su ser entrelazado en las vías históricas de la promesa y el *nuevo comienzo* que, paradójicamente, junto con la *continuidad* de la actuación histórica, caracteriza el origen de Jesús.

Lucas no asciende, como Mateo, partiendo de los comienzos, hasta el presente, hasta la *«cima del árbol»*, sino que, de manera inversa, desciende de la *«cima»*, que es Jesús, hasta las raíces, mostrando así que, en cualquier caso, la raíz última no está en las profundidades, sino más bien *«allá arriba»*; es Dios quien está en el origen del ser humano: *«Hijo... de Enós, de Set, de Adán, de Dios»* (Lc 3, 38).

Mateo y Lucas tienen en común el que, con José, la genealogía se interrumpe y se aparta: *«Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y se pensaba que era hijo de José»* (Lc 3, 23). Su verdadero origen, ya lo había descrito precedentemente en los dos primeros capítulos de su Evangelio.

Estamos ante una insinuación muy discreta de que, con Jesús, ha llegado *«la plenitud de los tiempos»*; de que con él comienza la hora decisiva de la historia universal: él es el nuevo Adán, que una vez más viene *«de Dios»*; pero ahora de una manera más radical que el primero, pues no existe solamente gracias a un soplo de Dios, sino que es verdaderamente su *«Hijo»*. Mientras que en Mateo es la promesa davídica lo que caracteriza la estructuración simbólica del tiempo, en Lucas —retrocediendo hasta Adán— se pretende mostrar que, en Jesús, la humanidad comienza de nuevo. La genealogía es la expresión de una promesa que concierne a toda la humanidad.

Jesús asume en sí la humanidad entera, toda la historia de la humanidad, y le da un nuevo rumbo, decisivo, hacia un nuevo modo de ser persona humana.

El evangelista **Juan**, que tantas veces evoca la pregunta sobre el origen de Jesús, no ha antepuesto en su Evangelio una genealogía, pero en el Prólogo con el que comienza ha presentado de manera explícita y grandiosa la respuesta a la pregunta sobre el *«de dónde»*. Al mismo tiempo, ha ampliado la respuesta a la pregunta sobre el origen de Jesús, haciendo de ella una definición de la existencia cristiana; a partir del *«de dónde»* de Jesús ha definido la identidad de los suyos.

*«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios... Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»* (Jn 1, 1-14). El hombre Jesús es el *«acampar»* del Verbo, del eterno Logos divino en este mundo. La *«carne»* de Jesús, su existencia humana, es la *«tienda»* del Verbo: la alusión a la tienda sagrada del Israel peregrino es inequívoca. Jesús es, por decirlo así, la tienda del encuentro: es de modo totalmente real aquello de lo que la tienda, como después el templo, sólo podía ser su prefiguración. El origen de Jesús, su *«de dónde»,* es el *«principio»* mismo, la causa primera de la que todo proviene; la *«luz»* que hace del mundo un cosmos. Él viene de Dios. Él es Dios. Este *«principio»* que ha venido a nosotros inaugura un nuevo modo de ser hombres. *«A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios*» (Jn 1, 12s).

Una parte de la tradición manuscrita no lee esta frase en plural, sino en singular: *«El que no ha nacido de sangre.*» De este modo, la frase sería una clara referencia a la concepción y el nacimiento virginal de Jesús. Quedaría así subrayado concretamente una vez más el hecho de que Jesús es de Dios, en el sentido de la tradición documentada por Mateo y Lucas. Pero ésta es sólo una interpretación secundaria; el texto auténtico del Evangelio habla aquí muy claramente de aquellos que creen en el nombre de Cristo, y que por ello reciben un nuevo origen. Por lo demás, aparece de manera innegable la conexión con la profesión del nacimiento de Jesús de la Virgen María: el que cree en Jesús entra por la fe en el origen personal y nuevo de Jesús, recibe este origen como el suyo propio. De por sí, todos estos creyentes han nacido ante todo *«de la sangre y el amor humano»*. Pero la fe les da un nuevo nacimiento: entran en el origen de Jesucristo, que ahora se convierte en su propio origen. Por Cristo, mediante la fe en él, ahora han nacido de Dios.

Ha resumido Juan el significado más profundo de las genealogías, y nos ha enseñado a entenderlas también como una explicación de nuestro propio origen, de nuestra verdadera *«genealogía»*. De la misma manera que, al final, las genealogías se interrumpen, puesto que Jesús no fue engendrado por José, sino que nació de modo totalmente real de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, así esto vale también ahora para nosotros: nuestra verdadera *«genealogía»* es la fe en Jesús, que nos da una nueva procedencia, nos hace nacer *«de Dios*».

**Práctica Semanal:** Refrescar esta semana mis orígenes para valorar cuanto influyeron en lo que actualmente soy, hacer mi árbol genealógico.